

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

LA FIESTA DE LA FLOR EN MADRID



Mesa presidida por la señora condesa de Romanones, acompañada de las hermosas señoritas de Gabaldá, una de las más visitadas. (Foto J. I. arregla.)



S. M. el Rey, que durante todo el día de la fiesta, se vió, como aparece en la fotografía, acosado por lindas postulantes. (Foto Marin-Ortiz.)

EL «HAMPSHIRE», HUNDIDO



La tiple de Eslava, Laurita Pinillos, recaudando en la Gran Peña. (Foto J. I. arregla.)

HUÉSPED ILUSTRE



El ex ministro colombiano D. Ramón González Valencia, que está pasando una temporada en Madrid. (Foto J. I. arregla.)

UN GRAN ESTADISTA



El ministro de Hacienda, D. Santiago Alba, joven e ilustre estadista, que tras su reciente gran discurso sobre el estado de la Hacienda pública, es considerado por amigos y adversarios políticos como la más...

ord Kitchener, cuya vida de luchas y esfuerzos, tan ecuentes como beneficiosos a su patria, ha tenido un ágico fin, constituyendo una pérdida insustituible para Inglaterra en estos críticos momentos.

LA SEMANA

Año I

10 Junio 1916

Núm. 4

LA NUBE CATALANA

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Polavieja lanzó su Manifiesto regionalista, y en que Silvela, tras de haber leído a Parnell, puso a Durán y Bas, como un símbolo, en el banco azul.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Dato fué apedreado por las barretinas de Reus, y en que Julio Amado y Martos O'Oneale publicaron un libro con la cubierta rojo y gualda.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Canalejas, durante sus campañas «del cstracismo», recogía de las campañas sicilianas de Nunzio Nasi metáforas alentadoras para el Fomento y para la «Lliga».

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Maura, incubando el proyecto de Administración local, como una clueca sus polluelos, no daba un paso ni siquiera «hacia» una frase sin consultarlos con Cambó.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Dato, haciendo su segunda salida, asistía al Liceo y al Fomento como rehén cautivo de la futura Mancomunidad, concedida por un decreto de Sánchez Guerra.

Ya está ahí, como en los buenos tiempos en que Romanones concedía por telégrafo, tras la dimisión de Sala, el proyecto de zonas francas...

Ya está ahí la nube catalana, en cuyo seno oscuro se han ido condensando las caricaturas del *Cu-Cú* y los asaltos a su redacción; el «terrorismo» y los gobernadores despreocupados y galantes; los «jóvenes bárbaros» y los «requetés» jaimistas; los «aplechs» con misa, sermón y banderas del Pretendiente, y los mítines, con «vinos de honor», «damas rojas» y banderas negras; los incendios de la semana trágica y los fusilamientos de Monjuich; el cierre de la Bolsa de Barcelona y la llegada de banqueros a Madrid, logrando créditos de veinte millones con la garantía del Banco de España; la «Lliga del bon mot» y las cupletistas desnudas rifándose en el Paralelo.

Ya está ahí la nube catalana, acaso sin payeses, ni pescadores, sin la montaña y sin el mar; pero con fabricantes y con obreros, con diputados, concejales y senadores; con periódicos, Ateneos, Fomentos, «Lligas»; esto es, con las ciudades, motores de la región. Quien dude de que pescadores y payeses han de seguir a la ciudad, dudará de que el pensamiento guie a la mano y el timonel la embarcación.

Ya está ahí la nube catalana, que no ha surgido solamente por un milagro de literatura melancólica, sino también por una perdurable repugnancia entre la audacia y la debilidad, la tenacidad y la pereza, la preparación y el encogimiento de hombros, la fe, que mueve las montañas, y el retruécano, que las grietea; por

una repugnancia de veinte años entre el catalanismo de todas castas y el Salón de Conferencias, de todos los matices.

Ya está ahí la nube catalana, que no se forma solamente por los vapores iracundos de Prat de la Riba, ni por los arqueológicos de Puig y Cadafach, ni por los líricos de Morera y de Pahissa, ni por los literarios de Picó y de Carner, ni por los crematísticos de Corominas, ni siquiera por los casuísticos, oportunistas y bloquistas de Cambó, aliado de Maura y enemigo de Lerroux, enemigo de Lerroux y aliado de Lerroux; porque esa nube catalana también guarda en su seno los vapores entrecortados, discontinuos, sin plan ni método, de todos, absolutamente de todos, los políticos españoles; de todos, absolutamente de todos los periódicos españoles; de todos, absolutamente de todos, los publicistas españoles.

Quienquiera persuadirse de ello, no tiene más que repasar los debates parlamentarios, desde el originado con su Manifiesto por el «general cristiano», hasta el que, en las últimas Cortes, promovió Cambó, en su «cuerpo a cuerpo» con Cierva.

¿Qué político no alentó con promesas las ambiciones catalanas? Todos, en todos los partidos, en todas las mayorías, en todas las minorías. Silvela, Maura, Sánchez Toca, Mella, Moret, Dato, Canalejas, Romanones, Melquiades Álvarez, Lerroux.

¿Qué periódico quiso o supo mantenerse en esferas de serenidad y desapasionamiento al juzgarlas? Ninguno; todos fueron apasionados en pro o en contra, por carta de menos o por carta de más.

¿Qué publicista supo sistematizarlas y divulgarlas con perseverancia y lucidez? Ni uno solo; todos pecaron por defecto o por exceso; o por aduladores o por desdenosos.

Esta es la verdad pura, sin trampa ni cartón, sin humildad y sin énfasis. Esta es la contrición a que todos, chicos y grandes, estamos obligados como españoles. Ya está ahí la nube catalana; posible es que, como otras veces, se disipe sin el rumor de un trueno; mas también es posible—la atmósfera política y social es densísima—que ahora no se disipe sin descargar trágicamente.

Por ello hay que aprestarse a resolver este problema de una vez para siempre y sin levantar mano, con seriedad y sin fatiga, con alto espíritu español que, siendo alto y español, será catalán. El Parlamento no debe cerrarse sin resolver el problema catalanista; si hace calor, más calor hace en los trigales, en las locomotoras y junto a las calderas de una fábrica.

Silvela pudo hablar, con su elegante ironía, de las «imperiosas vacaciones», porque entonces no había una guerra mundial, ni una enmienda regionalista pidiendo Asamblea Catalana y Poder Ejecutivo catalán.

En circunstancias tan difíciles, la excusa del «calor parlamentario» ni es elegante, ni siquiera irónica. Y un decreto de suspensión de sesiones no sería un decreto, sino un ¡Viva la Pepa!...

Cristóbal de Castro

CON LA MANO EN LA NARIZ

Digno de ser cantado como el descenso de Orfeo a los infiernos, es el del alcalde de esta corte al mundo inferior de sus alcantarillas. Hasta ahora, es el único acto que puede referirse del duque de Almodóvar del Valle, en su paso por la Alcaldía de Madrid.

No se trata ciertamente del mejor aroma para su espléndida barba asiria, fiel trasunto de la que ostentaba con admiración de las gentes el magnífico sátropa Farnabazo, pero hay que convenir en que el señor que se siente con el valor basta te para arriesgarse en el misterioso laberinto de los cien mil recovecos municipales, ya está capacitado para pasearse por las cloacas, como quien se recrea caminando por los jardines de Aranjuez.

¡Oh, manes de Vespasiano! y memoria también de Alonso de Arce, que fué quien el año 1735 formuló el primer proyecto de alcantarillado para Madrid. Todo el agua de los diferentes viajes, el del Retamar, de la Fuente la Reina, del alto y bajo Abroñigal, de Pajaritos, del conde de Salinas, de San Dámaso, alto y bajo del Retiro, de la Castellana, y de la Alcobilla, mas el caudal que trae la corriente del Lozoya, es poca cosa para lavar tanta inmundicia, como el flamante corregidor de estavilla ha tenido que hallar ante su vista en la correría muncipe con que le han obsequiado, y de la cual todavía no ha visto más que un poco.

«Los perfumes de Barcelona», ya clásicos, resultan algo grato, como finísimo ámbar, comparados con estos que han venido a herir a tan aristocráticas narices. Sólo que, como no se ve, a muchos les parece que no se huele. ¡Hay tanta gente a quien le falta un sentido y a veces dos!

Ese viaje del alcalde por la alcantarilla, nos recuerda un pasaje admirable de «Los miserables», de Victor Hugo (de quien ya habrán ustedes oído decir a algunos que era un pedazo de congrio), y rememora entre nosotros algunas evasiones rateriles. Hoy por hoy, el hecho tiene un aspecto de película.

El pa-eo resultó desagradable para el duque y más desagradable todavía para el arquitecto jefe del servicio, pues como es sabido lo único que el alcalde sacó en limpio de tan sucio lugar fué la necesidad de dejar suspenso de empleo y sueldo a quien por lo visto y oído ni cumplía con lo primero ni se ganaba lo segundo. Quejábase el corregidor de su tránsito por aquellas vías subterráneas. ¡Pero hombre! ¡Pues no parece sino que arriba, por las llamadas calles de la población, se puede andar con más comodidad y desembarazo!

Menos el rico: ¡Agua va! que aun así y todo en algunos parajes de la corte todavía subsiste en forma más o menos pestilenta, la cosa está como antaño, y a veces y en determinadas horas del día es una realidad prolongada a través del tiempo y del espacio la querrela de Iriarte:

*Si por la laguna estigia
juró el Tonante hasta aquí
hoy jura por la marea
de las calles de Madrid.*

Sólo en dos lugares, y ambos de la misma plaza, la Puerta del Sol, existe la perfección de que los ciudadanos, topos de la limpieza, acuden bajo tierra a expansionar su cuerpo serrano. Y esta maravilla de modernidad, circunscrita sólo al paraje indicado, porque los habitantes de la corte que no acuden por la Puerta del Sol, no importa que den salida a sus existencias en el nivel de suelo y ostentosamente, a ser posible, que si que lo es, lleva al ánimo del curioso hasta recordar los tiempos heroicos de ese menester público.

Allá, al principio del siglo XIX, existía un oficio cumplido con la gravedad de un importante ministerio. Había unos hombres que se llamaban los «bacineros», y ya de la enunciación de su nombre fácilmente se colige la clase y la exteriorización de su industria. Esos tales, se situaban en los alrededores de la plaza de toros, los días de corrida, y en general, allí donde supiesen que al aire libre había de verificarse alguna aglomeración de gente. Sujeta de una correa que les cruzaba el cuerpo en bandolera, llevaban la vasija que debía contribuir al alivio ajeno y a la carga del bolsillo propio. Cubríanse con unas enormes capas que les servían para tapar el establecimiento, y cuando se instalaban y acudía la parroquia, esa misma capa, exten-

CONTEMPORÁNEOS CÉLEBRES

D. AMÓS SALVADOR

Cuando llegamos a casa de D. Amós Salvador, el antiguo ex ministro liberal se halla trabajando sobre su mesa de despacho. Está preparando la respuesta al discurso de recepción de D. Amalio Gimeno, que dentro de breves días será recibido como académico de número en la de Bellas Artes.

—Mucho sentiría interrumpirle a usted—exclama el reporter.

—Nada de eso, por Dios. No faltaba más—contesta D. Amós sonriente—. Además, ya he terminado y estoy a sus órdenes.

Don Amós deja sobre la mesa las cuartillas que acaba de escribir, nos manda sentar y exclama:

—Usted dirá lo que quiere de mí.

—El primer objeto que aquí nos trae es el de hacerle a usted una que pudiéramos llamar biografía anecdótica. Claro que será breve, por tratarse de un trabajo periodístico. Y luego le haremos unas preguntas relacionadas con algunos temas de los que constituyen la actualidad política.

—Pues vamos a ver—dice D. Amós—el medio de complacerle.

—¿...?

—Actualmente tengo setenta y un años, y soy natural de Logroño. De mi infancia recuerdo pocas anécdotas, sin duda por lo lejana que está ya. Pero sí puedo decirle que tanto los chiquillos de mi tiempo como yo, dejamos bien sentada fama de rebeldía en nuestra tierra natal. Yo tenía la costumbre (costumbre muy fea, por cierto), de pegarme a diario con alguno de los chiquillos que se reunían conmigo. Todos han muerto ya. El último falleció, no hace mucho tiempo, siendo coronel de Infantería. Ese fué siempre uno de mis mejores amigos y con el que más veces me he peleado.

—¿Era usted buen alumno en la escuela?

—Eso sí. De niño tuve, por lo general, los primeros puestos de la clase. Estudiaba poco, porque de pequeño ¿quién tiene afición al estudio? Sin embargo, la buena memoria que tenía, y que ya he perdido, suplía la falta de constancia para estudiar bien las lecciones.

—¿...?

—Vine a Madrid en 1862, cuando tenía unos diez y siete años, hospedándome en una casa de la calle de la Encomienda... no recuerdo el número. En seguida empecé mi preparación para ingeniero de Caminos.

—¿Halló usted muchos obstáculos para desenvolverse?

—El primer obstáculo era yo, porque no hacía lo que debía hacer. En vez de estudiar matemáticas me dedicaba a leer a los clásicos españoles. Leía el teatro de Tirso, de Lope, Alarcón, Moreto, Rojas... todo, todo lo leía... menos las matemáticas. El que más me gustaba de los clásicos era Quevedo.

—¿Y le dieron calabazas en los exámenes?

—Algunas me dieron—contesta don Amós—. Después, añade, cuando la Revolución, nos pasábamos la vida haciendo discursos y promoviendo alborotos. En el café Universal nos reuníamos un grupo de estudiantes de los más rebeldes. Entre otros recuerdo que concurrían a las reuniones Galdós, Villanueva, el general Ochoa, León y Castillo, Rodríguez, el senador Juanito Castillo y Luceño. Por entonces fundamos el «Club Antón Martín», que dió tanto ruido y que establecimos en la plaza del mismo nombre. Creo que el presidente era Moragas. Allí se discutía de todo. Eramos más liberales que Riego, y todos luchamos con gran entusiasmo por las ideas modernas.

—¿...?

—El político que más me apasionaba entonces era Rivero, aquel hombre tan grande por su talento como por su valor cívico.

—¿...?

—Mi verdadero protector fué Sagasta, que era mi pariente. Con él tuve una gran amistad durante cuarenta años.

—¿...?

—A esa edad fui diputado la primera vez. Salí por Albarracín. No es extraño que tardase tanto en serlo, si se tiene en cuenta que al terminar mi carrera estuve mucho tiempo en Logroño al servicio de la Diputación y del Estado.

—¿En qué cuestiones transcendentales para la patria intervino usted?

—En este momento no es fácil recordarlas todas. Pero yo resolví solo la cuestión de los cambios. Cogi los francos en el año de 1894 estando éstos a 25, y en nueve meses los bajé a 10. Y en 1896 estaban a 23, y en cosa de cinco meses los puse a 5,50. Algunos aguafiestas dijeron que aquello fué suerte. Pero yo contesté que había sido obra de varón. Y prueba de ello es que en manos de los otros volvieron los francos a subir. Y otra de las cosas de que estaré siempre satisfecho es la que hice siendo ministro de Hacienda en 1906. Y es que se cerró el Presupuesto con un superávit de 160 millones de pesetas, lo



D. Amós Salvador

cual no se ha conseguido desde los Fenicios hasta nuestros días.

—¿Qué opina usted de la situación de la Hacienda?

—En eso estoy de acuerdo con las reformas de Alba, que es un chico listo.

—¿Qué libros tiene usted publicados?

—Uno sobre el juego de pelota que firmé con el pseudónimo de X. Pero no sé cómo se las arreglaron para descubrirme, y cuando fui ministro el primer artículo que leí se titulaba *De pelotari a ministro*. Además he publicado tratados de perspectiva lineal, libros sobre enseñanza, escritos sobre la solidaridad, prólogos de libros y numerosos artículos en periódicos y revistas. Pero mi especialidad han sido las contestaciones académicas, de las que llevo hechas hasta dieciocho. En eso he aventajado al propio Echeagaray, que ha sido un paladín en la materia.

—¿...?

—Las crisis vendrán porque los tiempos son muy difíciles y los hombres se gastan pronto; pero no por disidencias del partido liberal, que yo no espero por ahora.

—¿...?

—Opino que eso del regionalismo andaluz no perseguirá otros fines que los del regionalismo catalán. Esto es, que se les hagan las mismas concesiones que se hacen a los catalanes.

—¿...?

—La unión de las derechas sería peligrosa, porque no tendríamos un momento de paz. Y menos con propagandistas de la talla de Mella y Maura. Llegaríamos a la guerra civil.

—¿...?

—En cuanto a la libertad de enseñanza que ahora pretenden los catalanes realizar en su propio idioma, estimo que ni individuos, ni corporaciones civiles, ni congregaciones religiosas, ni pueblos, ni provincias, ni regiones, pueden pretender tener a su cargo la enseñanza. Es la Nación organizada políticamente la que tiene que cuidar de ese servicio, porque es la única que está interesada en formar hombres, primero; después, ciudadanos; luego, patriotas, y, por último, en España, españoles; por consiguiente, ha de dar la enseñanza en todas partes, y la ha de dar en castellano.

—¿...?

—¿Quién sabe cómo terminará la guerra? Por ahora no podemos hacer sino estar preparados para acudir a tiempo, y nada más; porque ¿cómo se va a resolver un problema que se desconoce todavía? Al Gobierno no se le puede pedir sino que viva ojo avizor para que al terminar el conflicto tome las resoluciones que la situación aconseje, procurando sacar de ellas el mejor partido.

—¿...?

—El mal genio que se me atribuye es, desde luego, exagerado. A veces se me va la lengua...; pero la gente dice siempre más de lo que digo yo. A veces inventan cosas mías, como han inventado que me paso la vida en los «cines». No obstante, puede que la gente tenga razón en cuanto a mi carácter, y yo no lo note.

Con esto damos por terminada nuestra visita al ilustre ex ministro, que es uno de los políticos más laboriosos y uno de los hombres más liberales que ha tenido España.

Miguel de Castro.

COSAS DE LA SEMANA

—¿Qué de «cosas» gordas han pasado en estos días!...

¡Batalla naval en el mar del Norte!...

¡Muerte de Kitchener!...

¡Sesión patriótica!...

¡Fiesta de la Flor!...

Y... ¡Urbanización del extrarradio!...

Esta última fué la más gorda de todas.

Pero ésta no pasó, aunque se la quiso hacer pasar en el Congreso.

Y no pasó gracias a la actitud del Sr. La-cierva.

A quien desde aquí felicito; porque a mi me gustan siempre las cosas en su punto..., y los tenemos a su precio.

* *

Y vamos con los demás acontecimientos.

Los vehementes germanófilos afirman que a consecuencia de la batalla naval de Futlandia, se han hundido en el mar hasta las propias islas británicas.

No tanto, señores, no tanto.

Declarar muerta a Inglaterra por haber perdido veinte barcos es como declarar arruinado a Romanones por haber hecho el donativo que hizo en la «Fiesta de la Flor».

Ni lo uno, ni lo otro.

A la pérdida Albión la quedan aún bastantes acorazados.

Y al pérfido conde también le quedan algunas pesetas.

¡Ah!... Y algunos terrenos en la Castellana.

* *

¡Ha muerto Lord Kitchener!

¡Este sí que es un «náufrago» ilustre, señor Junoy!...

* *

El trágico fin del ministro inglés ha sorprendido en todas partes.

Pero, en España, mucho más.

Aquí, eso de ahogarse un ministro es cosa insólita.

米 米

* *

que apanha todos os problemas.

NUESTROS EXITOS

Muchas gracias a todos, y a todos la seguridad de que seguiremos esforzándonos para ser dignos de su simpatía y de su aplauso.

* *

※ ※

* *

Barbadillo

Manifestaciones de Pastor

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Miguel de Unamuno

○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○○

FÁBRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL

Fuencarral, 27.—MADRID

**Relojes pulsera, en platino, oro, plata y orexill
(imitación oro.)**

A CADA RELOJ ACOMPAÑA

CERTIFICADO DE GARANTÍA

REMESAS A PROVINCIAS

¡POBRES MUJERES!

Mala suerte han tenido las pertenecientes en España a las dos últimas generaciones. En vez de hombres se han encontrado con señoritas



que llevan trajes relativamente masculinos. Y no me refiero únicamente a la ateminación fisiológica, sino también a la moral y la intelectual más abundantes aún.

En los periódicos se leen revistas de salones en que el detalle modistil, la frase acaramela y el concepto aterciopelado alejan toda sospecha de que pueda ser un hombre quien las escribe.

En el Parlamento, donde siempre las indignaciones se expresaron con frases propias, se alarman hoy todos los pudores en cuanto alguien expone claramente su opinión.

Las medias tintas predominan en todo: en las relaciones de los partidos; en la solución de los problemas políticos, religiosos y sociales.



Las modas tienden a poner de manifiesto las formas, y hay hombres que usan corsé y faja de suspensión.

Entrar en una peluquería, avergüenza; a tales recursos apela para parecer bonito el sér que dicen que



hizo el Dios barbudo a su imagen y semejanza.

De perfumes no hablemos: cuando las mujeres de buen gusto se van conven-

LA QUIROMANCIA



Entre los franceses que la guerra ha trasladado a España, figura la famosa adivinadora del porvenir, madama Thebes. Hela aquí, en su gabinete "de trabajo" en Madrid, donde, silenciosa y casi ignorada, es, sin embargo tan visitada, que, económicamente, no nota que haya guerra...

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ



D. Francisco S. Ocaña, liberal, por Torrente

ciendo de que huele bien la que a nada huele, los hombres vuelcan sobre sus ajustados trajes tarros de esencias.

Se ven por las tiendas de ropa blanca unas camisas que dizque usan los hombres para dormir, con tanto pliegue y tanto cordoncito y tanta monería, que parecen demasiado delicadas aún para aristocrática doncella.

De esta tendencia se resiente todo: el arte, la literatura, el periodismo, las ideas, las resoluciones que se toman; y así todo resulta flojo, meloso, femenino...

Al paso que vamos, y si un viril sacudimiento no viene pronto a redimirnos, no van a quedar en España más hombres que las mujeres.

Las mujeres, que deben sentir profundo desprecio hacia esta generación de afeminados en gustos, costumbres e ideas, que vive del chisme, tiembla ante el peligro, no afronta los sucesos adversos con ánimo entero, y a la que le estaría mejor la rueca, que la lanza; el encaje, que la coraza; la zapatilla bordada en oro de la odalisca, que el duro borcegüí claveteado del valeroso castellano.

Compadezco a las mujeres que han tenido la desgracia de venir al mundo al mismo tiempo que la mayoría de los hombres que hoy se estilan.

(Dibujos de R. Marin)

José Nakens

"La Semana,, en Cataluña

En nuestro deseo, firmemente iniciado, de atender a cuanto constituye una actualidad, vamos a dedicar la atención que merece al problema catalán, que, con haber tantos en España pendientes de resolución, es, de momento, el que más inquieta.

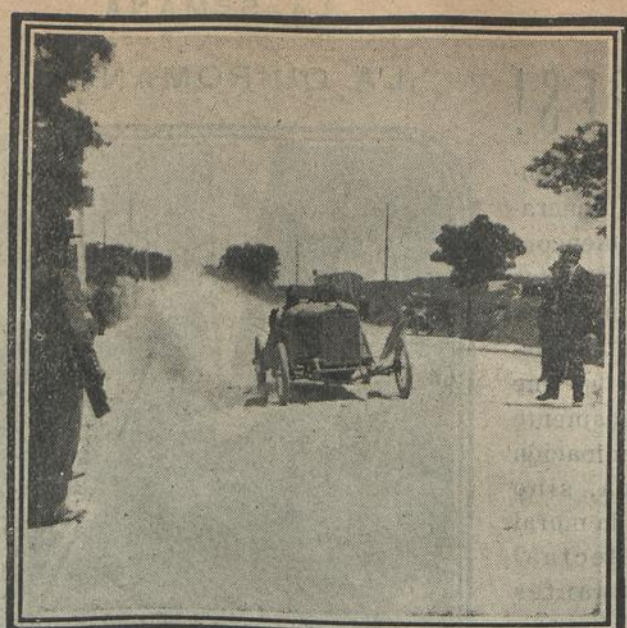
Dos escritores catalanes, ilustres los dos, Pompeyo Gener y José Carner, debutan hoy en LA SEMANA. A ellos seguirán otros igualmente populares y prestigiosos en la más importante región de España: Emilio Junoy, Gabriel Alomar, Marcelino Domingo, Valenti y Camps...

Todos ellos, como el ilustre director de Primera Enseñanza, D. Antonio Royo Villanova, tan especializado en la cuestión, cada uno desde su punto de vista, comentarán el problema, y así LA SEMANA, tan celebrada por ello, hará un alarde más de independencia, facilitando medios al lector para que sin pasión aprecie y juzgue.

CARRERAS BARCELONA-MADRID-BARCELONA



Aspecto de la plaza de Tetuán, en Barcelona, a la salida de los autociclos que se disputaron el premio.
(Foto Pérez de Rozas.)



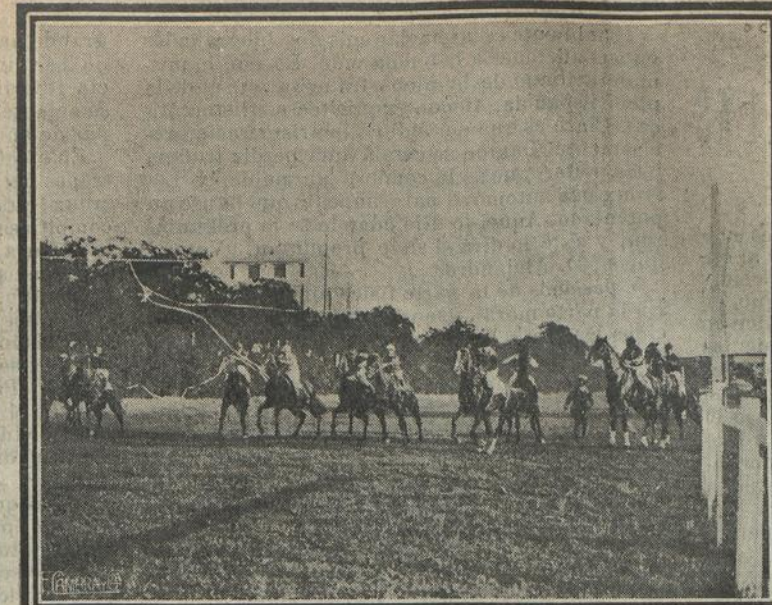
Llegada a Madrid del ganador del segundo premio, D. Rafael Clarisó, que hizo el recorrido en 32 h. 3 m.
(Foto Ortiz.)

FIESTAS DE JUEGOS FLORALES



Bellas señoritas de San Baudilio obregat, Reina y su Corte de Amor, en los Juegos Florales recientemente celebrados en aquella población.
(Foto Canalias.)

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID



Salida de caballos para disputarse el premio ofrecido por el Palace-Hotel.



Caballo que ganó el premio de 4.000 pesetas del Palace-Hotel.
(Fotos Marin.)

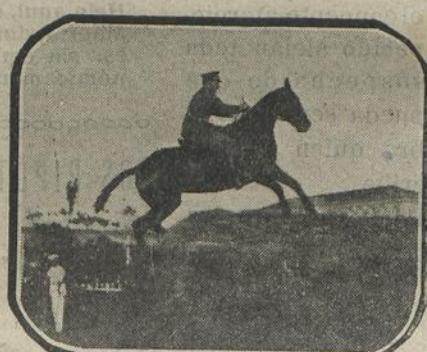
CONCURSO HÍPICO EN MADRID



"Charlatán", de Pedro Villegas.



"Fe", de D. Enrique Durango.



"Tangible", de D. Teodulfo Gil
(Fotos Ortiz.)

NUEVO ACADÉMICO



Recepción de D. Vicente Lampérez en la Academia de la Historia.

NIÑOS Y FLORES EN BARCELONA



El coro infantil de "Mosen Cinto", que ha tomado parte en la fiesta de los niños y las flores, de Barcelona.
(Foto Rozas.)

UNA LÁPIDA



Homenaje del Círculo de Bellas Artes de Madrid al famoso poeta D. José Zorrilla.

LAS ESCUELAS PIAS DE BARCELONA



Los obispos de Barcelona, Seo de Urgel y Gerona, con la Junta de las Escuelas Pías, en las fiestas del primer centenario de su fundación.
(Foto Pérez Rozas.)

TRIUNFOS UNA ACTRIZ



La hermosa actriz Paquita Calvo, que logra estos días grandes éxitos en "Riquiñol", los dramas "Lui" y obras del género "Gr. número 6".
(Foto T. I. az.)

EN EL COLEGIO DE ABOGADOS



Mesa presidencial para la elección de decano, secretario y diputado segundo en el Colegio de Abogados.
(Fotos T. I. az.)

TORERO HERIDO



El novillero Salvador Freg, herido recientemente en La Línea, conversando con el doctor Morón.
(Foto T. I. az.)

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA EN CÓRDOBA



Uno de los interesantes cuadros, expuestos estos días en Córdoba, del ilustre artista Sr. Valdés Leal.

TIRO DE PICHÓN EN BARCELONA



D. Francisco Solé, que ganó la copa de S. M. el Rey, matando ocho pichones sin ningún cero.
(Foto Pérez Rozas.)

LAS MODAS



La Srta. Carmen Villar y Villate, con un elegantísimo traje de primavera.

PLUTARQUILLO

NUEVAS VIDAS PARALELAS

Danton y Lerroux

Las historias comparadas de los varones eminentes de Grecia y Roma, fueron escritas al objeto de engendrar en quien las leyera «celo y ansia de imitar las virtuosas acciones que en ellas se relatan». Así—si creemos lo que dice en



Danton.

el exordio de las vidas de Pericles y Fabio Máximo—se lo propuso el maestro quereño, quereñeense, quereño o como se diga, que no lo sé fijamente. Yo también quisiera que mis *Nuevas vidas paralelas* tuviesen la misma finalidad que las *Vidas paralelas* de Plutarco; pero esto no va a poder ser hoy. Y por ello advierto que, aunque incidentalmente, me separo un poco del modelo escogido.

Sin embargo, debo advertir que tal separación la hago porque no tengo más remedio que hacerla. Por mi gusto se-

guiría siempre a Plutarco, como sigue la sombra al cuerpo; mas ¡qué demonio! no me atrevo a recomendar que nadie imite «las virtuosas acciones» de Danton ni de Lerroux. Me lo impide mi conciencia, y eso que no la tengo demasiado estrecha, aunque me esté mal el decirlo.

Hecha la salvada que antecede, paso sin más a establecer el paralelismo entre el jefe de los montañeses galos y el caudillo de los radicales españoles. Es un paralelismo semejante al de dos líneas muy próximas. Danton y Lerroux se confunden casi del principio al fin. Y es un parecido físico y moral, pues, según algunos aseguran, tienen iguales los cuerpos e iguales las almas, idénticas las conductas y unánimes sus producciones y las resultancias de éstas.

Gordos los dos de cuerpo, con robustez que convirtió en obesidad la glotonería, ambos de cara fueron bastante feos. A Danton un toro le rompió el labio y le torció la nariz, y las viruelas le llenaron de costurones, convirtiéndose así el rostro en una especie de asiento de rejilla. A Lerroux no le hirió ningún cornúpeto, pues siempre vió los toros desde la barrera, y aunque las viruelas le atacaron, no le dejaron señal porque fueron locas.—¡Locas habían de ser para meterse con ese hombre!...—De todos modos, un abotargamiento que endurece las facciones, una miopía que apaga la expresión y una calvicie que convierte la cabeza en hermana de un queso de bola, han hecho que Lerroux sea tan feo como Danton lo fué, o más si cabe.



Lerroux

Igualmente se asemejan mis dos biografiados en sus aficiones a la buena vida. En eso, lo mismo el tribuno de la plebe francesa que el de la plebe española, tienen exquisitices aristocráticas. Claro es que por odio a la aristocracia precisamente. Danton se comía una perdiz trufada para evitar que se la comiese un noble, y Lerroux usa automóvil para impedir que lo use un potentado. Aquel lo dijo cuando se lo preguntaron, y éste lo dirá si se lo preguntan. ¿Verdad que sí, D. Alejandro?...

Y pasemos de la parte física a la parte moral. En la parte moral, ¿son también más que parecidos Danton y Lerroux? ¿Son idénticos, según se cree?

No diré yo nada de la moralidad de Lerroux ni de la de Danton. ¡Allá cada uno! No copiaré tampoco lo que de la primera dicen los enemigos de Lerroux, pues no estoy por hacerles el juego, y si voy a copiar lo que de la segunda dice Lamartine, es porque se trata de un documento histórico.

Puede verse en la *Historia de los girondinos*, sin más que abrir la obra por las últimas páginas del libro tercero, todo lo que sigue:

«Danton estaba con el pueblo porque le parecía que éste había de triunfar; pero le hubiese vendido sin el menor escrúpulo. La corte conocía el precio de sus convicciones, y él lo amenazaba para que tuviese interés en comprarle, resultando así que sus ataques no eran otra cosa que la subasta de su conciencia. Comprábanle los partidos todos los días, y al día siguiente estaba en venta otra vez. Cualquiera otro se hubiese avergonzado delante de los hombres que poseían el secreto de su venalidad; pero Danton los miraba cara a cara sin ruborizarse. Toda su política consistía en servir a su ambición, y no quería de la democracia sino el desorden, donde hallaba su poderío y su riqueza.»

Estudiada ya la vida privada de los *paralelos*, señalando los parecidos físicos y excusando señalar los morales, puede pasarse al estudio de su vida pública. Lo determinante de ésta en los oradores son los discursos. ¿Se asemejan los discursos de Danton y de Lerroux? Sí; se asemejan tanto que en ocasiones pueden tomarse como de uno los que son del otro.

Dice Thiers de la elocuencia de Danton: «Sus frases, cortas y terminantes, eran tan concisas y ejecutivas como las voces de mando, y su ademán irresistible impulsaba a las masas o las contenía, según su deseo. Tenía la superioridad de la calma en la confusión, conservaba la sangre fría en medio de los mayores arrebatos, y no decía nunca más que lo que quería decir y como quería decirlo.» ¿Quién habla de este modo hoy? Lerroux y sólo Lerroux. Pepito de la Morena que oyó a Danton cuando era joven—cuando era joven Danton!—y que hoy oye a Lerroux puede atestiguar sobre el parecido, que, apoyándose en Thiers, yo señalo. Preguntadle y veréis si miento.

No miento, no, al decir que la palabra lerruista es fiel trasunto de la palabra dantoniana; como no miento al afirmar que las actuaciones políticas de Danton y de Lerroux son iguales. Esto voy a probarlo seguidamente.

Danton entró en los *Franciscanos* con Marat, pasó a los *Jacobinos* con Robespierre, tuvo puntos de contacto con la *Gironda* y se unió con Hebert en la *Montaña*, separándose de todos cuando le convino. Así Lerroux ha estado con Salmerón, con Rodrigo Soriano, con los federales, con los nacionalistas y hasta con los de la Lliga en lo de la Exposición de Industrias Eléctricas, sin perjuicio de estar solo, absolutamente solo, cuando le conviene. Danton fué el terrible iniciador de los asesinatos de septiembre, y luego, rico y dichoso, templó sus agresividades. Lerroux no ha asesinado a nadie, o al menos no se sabe de cierto; pero ha tenido acometividades de las que ya, propietario y automovilista, está curado por completo. ¿No es total el paralelismo?

Pero aun existe otra semejanza más. En la lucha del 10 de agosto, frente a las Tullerías, Danton no estuvo, como Lerroux no estuvo en la quema de los conventos de Barcelona. ¡Y ambos cotizaron las dos sangrientas campañas diciéndose organizadores de ellas! De ese bonito modo pescó Danton el Ministerio de Justicia y Lerroux el acta por Posadas. Al primero se lo dijo Vergniaud, y al segundo se lo ha dicho Alcalá Zamora, que es un Vergniaud venido a menos.

Y dirá alguno que sepa Historia: «¡La más

grande hazaña de Danton fué el reclutamiento de los voluntarios para la salvación de la Francia invadida! ¿Cuándo ha hecho Lerroux cosa semejante? A lo que yo responderé: «¡Hace un par de años nada más!»

En efecto, hermanos queridos; al entrar las tropas del Kaiser en la vecina República, Lerroux quiso levantar un ejército español que compitiera con los cipayos y los senegaleses en la defensa de Francia. Por cierto que su idea tuvo una acogida casi tan ruidosa como la idea de Danton. No le aplaudieron; pero le pitaron, y los pitos suenan también mucho.

¡Sí, es indudable!... Las vidas de Danton y de Lerroux se parecen como dos gotas de cualquier líquido. Paso a paso van paralelas hasta el fin. ¿Que en el fin se separan? Esto no lo sabemos, pues la vida de Lerroux no ha terminado aún. ¿Por qué dudar de que éste muera igual que Danton?

Cierto que Lerroux no lleva traza de subir al patíbulo, pues anda suelto todavía; pero también Danton estuvo en libertad hasta seis días antes de ser ejecutado. ¿Quién sabe si terminará Lerroux lo mismo que Danton? ¡No hay que desesparar de la Justicia!

Luis de Oteyza

COMENTARIO SENTIMENTAL

LOS BAILES RUSOS

La voz de Jeremías.

Hermanos: vamos hacia el abismo donde Europa entera se ahoga en sangre y se abrasa en fuego. Cuando el Angel del Señor bajó a la tierra, ante la corrupción universal, sus ojos se anegaron en llanto y avergonzado cubrióse el rostro con las manos. Y transido de dolor regre-



só al Reino de Dios. Pero el Señor, lleno de compasión para los pecados del hombre, le dijo: —Ve y desciende otra vez sobre la tierra y busca la nación donde los justos se hayan refugiado. La nación donde los hombres sean frugales y las mujeres castas. La nación donde no se embriaguen con el zumo de la vid ni se revuelquen en los lechos de abominación como bestias. Hay un rincón de la tierra en que se han cobijado los que viven en santo temor a Mí. No tiene vergeles maravillosos, ni lagos de ensueño, ni montañas azules. Es árido y yermo. En sus eriales viven los saltamontes y las cigarras, y sobre sus piedras duermen las víboras al sol. Sus hombres son sobrios, castos y fuertes. La tierra es ingrata para ellos y aman la tierra. El cielo es implacable y elevan sus preces al cielo. Baja a España, y como en ella hallarás virtud, sea perdonada.

Y el Angel del Señor descendió entre nosotros. Y vió que en medio de los campos, abrasada por la sequía, se habían elevado ciudades de maravilla, donde las mujeres marchaban cubiertas de galas y afeites. Y vió que los hombres, en vez

de regar la tierra con el sudor de su frente, corrían en carros de fuego por los caminos. Y en jardines que imitaban en belleza el viejo Edén, danzaban entrelazados como los faunos y las bacantes de los bosques paganos. Y por fin, vió en un palacio todo dorado, cómo unos histriones parodiaban los mitos de las Reinas roídas por el demonio de la lascivia y mimaban las liviandades de las cortesanas locas, que hicieron del fango el lecho de su impudicia.

Y cubriéndose los ojos con las alas de nieve, voló en busca de la anatema del Señor.

El banquete de Nabucodonosor.

Los que no hemos vivido estos últimos años que precedieron a la guerra encerrados en la aspera monotonía de la vida española, los que he-

mos gozado de las últimas horas de Cosmópolis, hemos asistido a una decadencia. Las decadencias poseen el secreto de la belleza suprema; son como esas flores maravillosas que brotan de la sangre, de la muerte y de la podredumbre en los jardines destinados a suplicios en la vieja China. En las decadencias los pueblos llegan a la cumbre de la belleza; el gusto se depura, se sutaliza, y al no vivirse sino del placer y para el placer, todas las cosas llegan a revestirse de una armonía insuperable. La suntuosidad, la gracia, el instinto plástico, la elocuencia, llegan al grado máximo; la sensibilidad se hace tan delicada que el placer linda con el dolor, y placer y dolor se confunden en una sola sensación; la inquietud cerebral raya en lo enfermizo y todo el esfuerzo mental se deshace en locos chisporroteos de fuegos de artificio. Los momentos más bellos, más intensos,



Los momentos más bellos, más intensos, más apasionantes de la vida de los pueblos han sido las decadencias. En ellas los cerebros han llegado a su máximo de intensidad en el pensar; la labor de los filósofos, de los novelistas, de los poetas, ha sido maravillosa; los nervios vibrantes, como cuerdas de arpas, han creado la obra de los pintores y los escultores; y nuevas artes, nuevas manifestaciones de vida han surgido, y hasta el alma ha estado más a flor de piel y no faltan ni aun los profetas agoreros que ponen la magia de su anatema en la maravilla de la frivolidad.



Indudablemente, pues, como arte y elegancia, los momentos de decadencia de los pueblos han sido los más bellos de su vida. Ahí están las vie-

jas decadencias de Oriente, la decadencia romana, la caída de los estados italianos, el escalofriante reinado de nuestro Carlos II, y en tiempos más recientes el desmoronamiento del segundo Imperio, las locas elegancias de las Tullerías—Babilonia, Ninive, Roma, Bizancio, Venecia, Madrid, París—. Como un reflejo de todas aquellas decadencias era esta decadencia, más



bella, más confortable, más frívola aún; y portener, tenía de las otras decadencias hasta la inquietud del *más allá* y, como la hermana de Tinagiles, aporreaba inútilmente la puerta muda.

El mundo era un encanto; todo era fácil, grato, amable; el dinero lo era todo, lo podía todo, y con dinero el mundo entero era el jardín de Armida. Y súbitamente, cuando triunfaba la riqueza, la belleza, el arte y el amor, la mano misteriosa escribió en la pared de jade negro con frutos de cristal, decorada por Iribe, el faidico «Mane, Thacei, Phares».

Naturalmente que no creo que esta civilización se haya acabado; no. Esta guerra es un alto, un misterioso aviso, que claro está que afortunadamente los hombres desoirán. Tras unos días de atrición, esa atrición que sigue siempre al peligro, pero que según el peligro se aleja, se evapora con él, volverá el mundo a ser lo que fué.

Las hembras poseídas de Satanás

Una de las manifestaciones de arte más intensas y más apasionantes que surgió al calor de esa decadencia fueron los Bailes Rusos. Cuando la vida se hace muy rápida y muy intensa no puede ya crear arte, lo vivo. Decía Oscar Wilde que «unos hombres viven las novelas que no supieron escribir así como otros escriben las que no osaron vivir». Con los pueblos pasa igual. Roma y sus Emperadores apenas hicieron arte, lo vivieron ellos y su historia entera fué una obra de arte maravillosa. En la inquietud de la moderna decadencia, las danzas plásticas, tal y como los Bailes Rusos se daban, encarnaba a maravilla todo el anhelo de arte de la efímera vida del momento. Tenía la caricia de la música, el ritmo elegante del baile, la postura estatuaría y la magia colorista de la pintura. Y luego había aún más; la inquietud del espíritu, la curiosidad de cosas malsanas y abominables, el divino escalofrío de aquellas vidas legendarias que los artistas enfermos de su arte iban evocando. Eran las vidas de las heroínas bíblicas, de las reinas malditas prisioneras del Demonio, de las cortesanas que como fabulosas arañas envolvieron en su sutil malla el destino de los pueblos. Y fué Tamar, hermética y liviana; Schezereda, conceptuosa y ambigua; Cleopatra, arbitraria y lasciva; fueron las reinas crueles y magníficas que temblaron bajo sus joyeles en los brazos de los esclavos y entre las garras de los tigres. Y fueron también las figuras convencionales de perversidad infantil, Colombina esquivada o el *Genio de las manos verdes* de «El Pájaro de Fuego». Y cuando no, fué subrayar con música de Chopin las enfermizas melancolías del espíritu con las banales piruetas de «Las Sinfonías», o la tragedia tan artificiosa y tan melancólica sin embargo de Petrushka.

La danza, como todo arte, tiene tres periodos: el bárbaro, en que la danza fué espontánea; el

refinado, en que es ya un arte, y el bárbaro, en que los espíritus cansados buscan en la barbarie una sensación de fuerza. Ese es «El Príncipe Igor».

Las amables ruedas de molino.

Las gentes que poseen una cultura sólida, que han visto y leído, juzgan por sí; los otros son los borregos de Panurgo.

El espectáculo de las danzas han arrancado a éstos últimos alaridos de admiración. Ciertamente son maravillosas, que la escenografía no es la usual para España y Marruecos, que son grandes artistas; pero esto que vemos aquí no es lo de París, o por lo menos es lo de París incompleto. (Ahí está el pintor Zamora que, como yo, lo vió frecuentemente allí, y no me dejará mentir.)

La decoración de «El Pájaro de Fuego» no es la misma; en «Las Sinfonías», había un lago romántico....

Además faltan muchas danzas de las más modernas e interesantes: «La Tarde del Fauno», de Debussy; «La Leyenda de José» y otras. Los trajes no son precisamente los de Lara para la abrumadora Ciudad alegre y confiada (allí la



empresa tuvo el buen gusto de vestir—esceptuando a la Galaliert y Thuiller—a los que tenían traje de época como hace veinte años para *La Redoma Encantada* o *La Pata de Cabra*, y a los personajes de comedia italiana como a los chicos de la portera en Carnaval, pero tampoco son aquellos trajes, y si lo son, algo mustios y marchitos están ya.

En fin, ha sido así todo, unas noches de arte en que nuestra ilusión suplió lo que faltaba.

Antonio de Hoyos y Vinent

(Dibujos de J. Zamora.)

PEQUEÑECES

Ustedes, lo mismo que nosotros, se lo habrán preguntado veinte veces:—«¿Por qué Fulano, que ni habla, ni escribe, ni tiene ideas, ni iniciativas, quiere ser diputado? ¿Por qué Fulano, que vive «por el céntimo», luchando tras de un mostrador, esforzándose, comerciante, ahorrativo, en persecución de dos pesetas, se gasta, «así», de un golpe, doce o quince mil duros por lograr un acta?»

Y ustedes, como nosotros, de momento no habrán hallado una respuesta... Mas, como todo llega, al fin nosotros hemos averiguado la razón de esa sinrazón.

Ocurrió hace unas tardes: dos, tres, cuatro... Entrábamos en el Congreso a cosa de las dos y media, antes de que hubieran llegado los funcionarios de Correos que prestan servicio en aquella Estafeta, y en el vestíbulo, donde suele dejarse la correspondencia de los señores diputados, cuando la Estafeta aún no está abierta, hallamos apiñadas ordenadamente junto a la puerta de entrada a los pasillos, según el volatito-pasaporte que las acompañaba, hasta dos mil setecientos veintitrés cartas...

—«Serían de Romanones»—pensarán ustedes, haciendo un guiño.

Pues no, señores; no eran de Romanones, ni

de Dato, ni de Maura, ni de Lerroux, ni de Melquíades Álvarez, ni de hombre alguno que por su posición y por su acción política pueda justificar tal correspondencia. Eran de Fulano... Eran del Sr. Alesanco, comerciante en paquetería, empresario del teatro Romea cuando actuaban en el cupletistas, y diputado a Cortes por Madrid.

LA GUERRA

Todo el que haya residido en Francia algún tiempo, tendrá que confesar que la pesadilla de los franceses era el desquite. La espina del 70 la tenían clavada en el corazón, y hay que convenir que más digno de aplauso que de censura era el culto que rendían a los recuerdos de aquella catástrofe del pasado siglo, que al fin signo de virilidad es en los pueblos el que ansien reconquistar lo que perdieron. ¿Pero cómo lograr aplastar a los alemanes? Hace tres años, una noche remontando el Sena, un gascón algo poeta, me dijo guiado por su fantasía meridional (que de arte militar estaba ayuno), el plan que a él se le había ocurrido para pulverizar a Alemania. La cosa era sencillísima... Figúrese usted que Alemania es una nuez ¿eh?... Está colocada entre los dientes de Francia y de Rusia, y como usted comprenderá, todo es apretar un poco y ¡zas! la nuez está cascada. Yo me acordé de su paisano Tartarin, y él, si vive, es probable que recuerde ahora que en cuestiones de guerra es mala consejera la fantasía. Y ese era el plan, y no podía ser otro, y era bueno, pues Francia se dio cuenta de que hay que aliarse con el vecino de su vecino para triturar a éste, cogiéndole en medio si el caso llega; pero la nuez resultó que no era nuez, que no era una masa inerte, que se dio cuenta de cómo aguzaban dientes y molares para triturarla, y metiéndose en Francia primero y en Rusia después, abrió la gigantesca boca, por lo que, continuando con mi simil, permítaseme que diga que los aliados se quedaron con la boca abierta y con ellos los que mirando un mapa de Rusia y observando que su extensión es mayor, mucho mayor que la del resto de Europa, recordando a Espronceda, vieron a los cosacos del Don lanzando hurras y con sus caballos sin herrar galopando camino de Berlín.

Bueno es saber geografía para estas endiabladas y complejas cuestiones de la guerra; pero tampoco estorba la historia, y si a ella se hubiesen atendido los que oyeron los gritos de angustia de los alemanes desde el primer momento, más a derechas hubieran pensado, que la historia les hubiera dicho que hace poco más de dos siglos, hasta el advenimiento de Pedro el Grande, Rusia se encontraba en un estado de atraso tal, que bien podría compararse a Méjico cuando fué conquistado por Hernán Cortés, y así se concibe que Carlos XII, rey de Suecia, con 8.000 hombres derrotara a los 100.000 rusos que en Narva había en 1700... ¡Brujería había sido, tal derrota! Y los inocentes rusos pedían auxilio a San Nicolás para que les protegiera contra el demonio de los suecos. El hechizo estaba en la diferencia de cultura de ambos pueblos que se tradujo en el momento de luchar ambos, en que uno, el pequeño, tenía un ejército bien organizado y el otro sólo pudo presentar una masa informe de hombres.

Un salto en la Historia, que ya sé que es indigesto tal manjar y hay que huirde él en los periódicos como los rusos huían de los suecos. En la memoria de todos está una guerra bien reciente: la ruso japonesa; y en ella vuelve a repetirse la brujería de que un pueblo minúsculo da en tierra con el gigante en apariencia. Razón que explica la derrota. El pueblo monstruoso, por su superficie, carecía aún de vías suficientes de comunicación, de arterias por donde su sangre circulase, y los japoneses no tuvieron que vencer más que la mínima cantidad de energía que los rusos, gota a gota, pudieron lanzar por el transiberiano. Otro salto en la Historia, y ya estamos en el día de la fecha, haciéndose cruces unos, de que austriacos y alemanes acorralados por todas partes hayan podido tener a distancia a sus enemigos, y viendo otros cómo esa mandíbula superior constituida por Rusia se va a ir cerrando poco a poco sobre la inferior formada por Francia, y cogidas en medio dos nueces en

vez de una, Austria y Alemania, que diría mi amigo el gascón, hasta aquí va a llegar el ruido del chocar de dientes y molares... No, ironías no; que si los rusos el pasado año después de haber entrado en la parte más oriental de Alemania (hacia donde está la última sílaba del nombre de esa nación en mi croquis) y haberse asomado a los Cárpatos soñando con llegar a Viena, tuvieron que retroceder perdiendo todo el terreno que he rayado en el dibujo que, como se ve, tiene aproximadamente una extensión igual a la de Serbia y Bulgaria reunidas, ahí están de nuevo los rusos atacando desde Kolki hasta la frontera de Rumania en una extensión de unos 350 kilómetros (como de Madrid a San Sebastián aproximadamente), y puesto que han cogido los prisioneros a manta, y por contra los franco-ingleses, están en Salónica dispuestos a reconquistar Serbia, ya pueden encomendarse a Dios austriacos y alemanes, que su última hora está próxima a sonar. ¡Bah! Los que recuerden el principio de la guerra no habrán olvidado que al caer sobre Austria-Hungría la casi to-



talidad del ejército ruso se vió obligada esta nación a batirse en retirada hasta los Cárpatos, y aunque los ejércitos de Serbia y Montenegro existían entonces, esa raya negra fuerte que en el croquis he trazado para indicar la situación actual de alemanes y austro-húngaros demuestra lo que pareció una horrorosa tormenta no fué sino nube de verano. En esta guerra gigantesca, por la extensión de los teatros de operaciones y por los ejércitos monstruosos que en los mismos se batían, hay que (para darse cuenta del desarrollo de la lucha), mirarla desde muy alto, desde muy lejos, y no fijarse en hechos que pareciendo grandes son nimios.

Búlgaros y turcos que en la pasada campaña de verano contra los rusos no pudieron intervenir en favor de los austro-alemanes en Europa, hoy si fuera necesario tienen el camino libre para acudir en su ayuda. La reconquista de Serbia no es tan fácil como parece, que los franco-ingleses que intentaran desde Salónica subir hacia Belgrado tendrían a austriacos y albaneses en Occidente, a búlgaros y alemanes al Norte y al Oriente, y a los griegos al Sur, que bien claro está que estos últimos no están dispuestos a hacer el juego de los aliados. Y si los rusos, lo que no es de presumir, pues en el largo período

de reposo tiempo han tenido los austro-húngaros de reforzar sus líneas fortificadas, de nuevo asomaran por Lemberg y llegarán a los Cárpatos y aún descendieran a las llanuras húngaras y hasta entrarán en Viena (¡me parece que no me quedo corto en conceder!), no se olvide que los alemanes se encuentran situados desde Riga al Sudoeste de Minsk; que los rusos por muchos que sean no sólo atienden al inmenso fuerte europeo, sino que desperdigados están en Armenia y al Oriente de la Mesopotamia, y si se muestran en grandes masas contra los austro-húngaros, no podrán disponer de otras equivalentes frente a los alemanes, y no sería muy tranquilizador para los moscovitas que hacia Viena intentaran marchar, dejarse a un costado a las fuerzas de Hindenburg (las que hay hacia Riga), que sobradamente tiene demostrado que sabe aprovecharse las faltas de sus enemigos.

Mañana, y el mañana en la vida de los pueblos lo forman siglos, cuando Rusia haya desplegado todas sus energías, cuando obtenga de su suelo todas las riquezas que encierra, cuando el desarrollo de sus industrias la permitan libertarse de la tutela y el auxilio de los pueblos occidentales, éstos serán viejos, estarán gastados y la garrida moza no tendrá sino, siguiendo la marcha de la luz de Oriente a Occidente que ha seguido la humanidad también en las grandes invaciones de los pueblos, venir, si tal es su deseo a asomarse al Atlántico para oír la eterna sinfonía del mar libre al quebrarse entre las peñas por el que tanto suspiró. (Austriacos y alemanes a coro). Puesto que tan largo nos lo fian, ¡echa un cuartillo!

Armando Guerra

LA VITRINA DE CANALEJAS

El Museo de Artillería se visita aun menos que el Museo Arqueológico que es el más atestado de secretos impregnados de sabiduría.

El Museo de Artillería amedrenta un poco, se teme la boca negra de todos sus cañones, sus grandes salas de elefantes de trompa formidable. El Museo de Artillería es, sin embargo, muy interesante, no sólo porque se pueden ver de cerca torpedos y elementos de esta guerra que son lo que más nos acerca su visión, no sólo porque se pueden ver aquellos morteros absurdos—grotescos sapos—que disparaban ¡un adokin!, y aquellas armas pintorescas—ametralladoras como de confección casera—que se emplearon en la guerra carlista, sino sobre todo porque en él hay unas cuantas vitrinas con las ropas de algunos grandes hombres asesinados, los hombres más inolvidables de la historia.

Esas vitrinas siempre son aterradoras y seductoras. Huelen a elols. Cerca de ellas se les respira y se les ve a través de su cristal como se vería a un ahogado en el fondo de un estanque cristalino. Se les siente familiares con uno, desde sus trajes henchidos de su vida. Si estamos solos en la sala de la vitrina hay un momento en que se nos aproximan tanto, que parece que va a darnos la mano la manga vacía de su levita. Una cosa hay además que nos abruma y que parte de estos despojos, y es que son como la representación más genuina de millones y millones de muertos, los muertos de su época. Hasta un poco de aire y de tiempo de aquel tiempo parece que hay en el fondo de esas vitrinas. Los trajes representan a los muertos más que sus huesos.

Las vitrinas de los que han sido víctimas de un atentado político son las que huelen más vivamente a la vida del muerto, un almizcle de pequeñas confirmaciones surge de ellas. Parece que de aquella metralleta que los mató nos ha tocado una herida leve, pero una herida.

Un asesinato ha habido entre todos que nos ha emocionado más profunda y sombriamente, con una emoción rehogada en simpatía, Sadi Carnot. Era un hombre de aspecto dramático, agudo y negro como Cambó, y siendo así de suyo, al ser asesinado se agravó lo dramático que había en su rostro hasta ser patético. En la vida de Carnot hubo además una señal, una primera indicación más agravante, y es que un inventor de colchones mecánicos, antes de que le asesinaran de verdad, le disparó, sólo por el reclamo, un tiro falso, pues se descubrió que la bala estaba llena de trapos, ¡ah!, pero aquella

bala nadie me quitará de la cabeza que le predestinó, que le indicó. Sadi Carnot, por todo eso, y por que hemos visto en el Museo de Madame Tussaul's y en el de Grevin su busto en cera, con su rostro pálido, negro y ganchudo, de esos rostros que se agarran al espíritu, no le olvidaremos jamás, y será el asesinado presidente de los demás asesinados por atentado político. (¡Oh, hasta que no tengamos un museo de figuras de cera no tendremos verdadera historia de España!)

¡Cuánto hablaríamos de todo esto! Pero hay que volver al Museo de Artillería. ¿Por qué están en este Museo estas vitrinas? ¿Es que les mató la artillería a estos hombres?

Las prendas de Daoiz y Velarde resultan lejanas, dudosas, no tienen sangre, son como sus prendas de domingo, las que tenían en el fondo del baúl. Las de Prim ya están bien, tienen sangre—toda una manga chorreando—y palpitan como por una superviviente idea de la libertad, porque cuando un hombre fué un verdadero liberal, la noción de él persiste vibrante como ninguna. Prim, además, fué asesinado por unos enmascarados lo cual le hace altamente novelesco. Se le recuerda yacente, visitado por Amadeo, erigido, en una actitud ibseniana, y junto a sus trajes está su coche, el coche en que lo asesinaron, ese coche agujereado y desconchado por las balas—los grandes faroles intactos—a cuya ventanilla nos hemos asomado de chicos y de mayores buscando las huellas trágicas en la seda de su enguatado, respirando el susto de muerte que aún hay suspenso en su interior y viendo a Prim caído a un lado con la leopoldina—aquella chata leopoldina—torcida y la frente enflecada de sangre.

Pero esos elementos y esas vitrinas son muy conocidas. Pasemos delante de ellas y parémonos en la vitrina reciente, en la vitrina que parece mentira, en la que guarda el traje, el sombrero y las botas que usaba Canalejas el día que le mataron. Es la vitrina del hombre civil y por eso nos conmueve más. Entre ella y la de Prim hay algo como un diálogo, como una simpatía pues él y como un diálogo, como una simpatía pues él y Prim fueron los hombres que desde el poder intentaron la libertad y fueron asesinados.

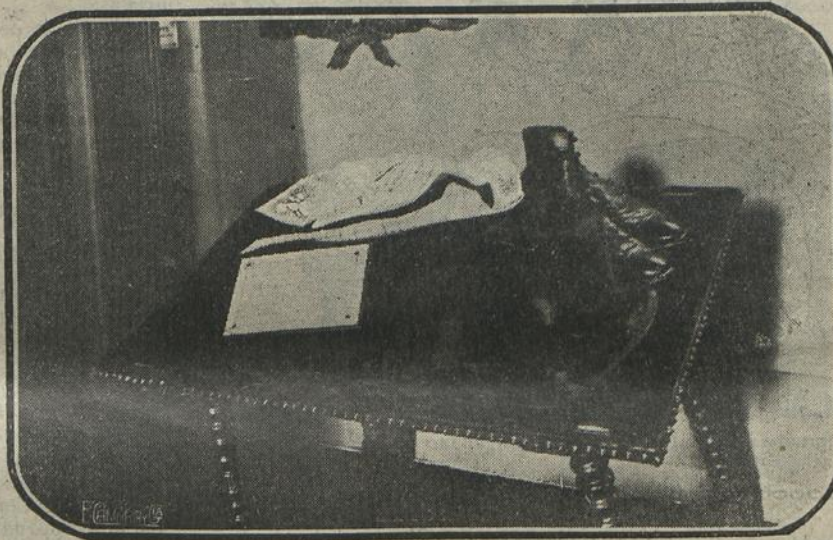
Allí están preservadas por el alcanfor eterno—ese alcanfor fuerte y concentrado de las vitrinas—las prendas usuales del primer demócrata que gobernó a España, un ser raro e inaudito. Allí están transformadas en prendas históricas—el sastre debe sentirse orgulloso—por uno de esos carteles de museo escritos en un estilo y con un número que dan toda la autenticidad a los despojos. Yo no conocía a D. José ni falta que me hacía. Yo le veía de lejos, con esa perspectiva que siempre debía mediar entre todo y uno, y me parecía un hombre sensato, condición inestimable en este pueblo de insensatos. Don José Canalejas tenía una idea sincera de la realidad, y aunque fué un preso de Estado en el poder, esperaba la hora de la libertad. Un ser imprudente cortó su vida, sin gracia, ni elevación, ni oportunidad, con una impertinencia abrumadora. En aquel atentado no hubo ni estética, ni moral, ni sentido, fué sencillamente estúpido, erróneo, imbécil, cosa ciega, cosa de jabalí.

Por todo eso, las prendas de vestir de Canalejas enternecen sinceramente. Está su levita, su chaleco, sus pantalones, su sombrero de copa, sus botas. Todo reunido y engurrado en poco espacio, algunas prendas enseñando familiarmente los forros ingenuos, los forros listados, tan dulces y ajenos al crimen. Parece que el ayuda de cámara ha dejado sobre el sillón de junto a la cama del señor que duerme, todas las prendas que a la mañana se debe poner, aunque un terrible descuido que se nota en ellas hace des-

echar esa suposición. El sombrero de copa está despeinado después de su caída mortal, y por el roce de las manos casuales que lo elevaron del suelo en que se desnucó ruidosamente. La levita y el pantalón no están mal; pero el chaleco tiene ensangrentado el ribete blanco, aquel ribete de piqué que se abotonaba al filo del chaleco, y en esa sangre pálida, antigua, roñosa, de un tono claro ribeteado de oscuro, está todo el relato, toda la expresión del suceso, está como en el pentagrama la música descriptiva y reveladora del suceso. Las botas de caña, dobladas como se doblan para meterlas en la maleta, tienen un aspecto lamentable, caen sus cuellos con una languidez de cuello de pavo muerto y sus punteras son demasiado largas y anticuadas; ¿por qué han metido sus botas en la vitrina? No nos lo explicamos; pero quizás en el porvenir tengan un gran valor estas botas tumefactas y vulgares.

Así—hoy por hoy—las botas de Canalejas resultan unas botas de vagabundo, esas botas que se echan a la espalda los caminantes.

¡Qué tristes y qué solitarias estas prendas y a la vez qué acompañadas! El polvo que guardan parece como el polvo que guardan las urnas cinerarias. En el sombrero pasado de moda, de ala plana, de copa ancha, demasiado grandote para un hombre bajito, parece que aún quedan ideas, un enjambre de ideas y cosas, una sarta de cosas, como en los sombreros de copa de los prestigiosos. En la levita hay como un noble pecho,



Las ropas que vestía Canalejas el día en que fué asesinado.

(Foto obtenida anteaer por i ritz)

pero falta la cartera; ¿por qué le robaron la cartera o por qué se la quitaron? La cartera debía quedar intacta en su bolsillo, con sus iniciales de oro, la última recomendación, los billetes, las tarjetas, el almanaque anotado y ese papel—un prospecto, la cuenta de una cena, cualquier impreso—del que cien veces que se revise la cartera no se podrá desprender de ella. En el chaleco falta el dinero menudo con el que él correspondía a un sablazo y se compraba una cajetilla, y también falta el reloj con su correspondiente cadena y dije, el reloj al que en secreto debía dar cuerda todos los días el conserje, al mismo tiempo que embetunase las botas dándolas esa vida parlante y patosa que sólo adquieren en la mano del criado y haciéndolas perder así ese tono mate y agrisado del embetunado antiguo.

Todo tiene un gran tono de prendería. El traper sostiene la vitrina. Y de pronto se piensan cosas que no se sabe si poner en limpio. Por ejemplo, nos preguntamos: ¿Por qué no están aquí los lentes que no se quitaba nunca y que se ajustaba siempre como clavadoselos con una chinche en el entrecejo? ¿No sería como si se conservase así algo de la penetración y de la personalidad de sus ojos vivaces?

Al fin, después de mucho mirar al fondo de la vitrina y de sortear sus reflejos, se le ve a don José vestido de estas prendas, más que en medio de la vida política, estéril y como inexistente, se le ve en la nítida mañanita de Madrid con ese cielo radiante que casi siempre se levanta sin ojeras, a las siete de la noche, como si no hubiese asistido al pasaje, cuando él salía sólo a darse un paseo de desayuno con chocolate en casa de doña Mariquita, y compraba un periódico, que a esa hora es como una hogaza reciente,

o como un churro caliente y refrigerante que se moja en el desayuno y que hace tan grata y tan completa la mañana.

¡Vitrina de D. José que nos turba por ser de un muerto contemporáneo, porque sus prendas han deambulado entre nosotros, porque nos ha mostrado el secreto de ese paso misterioso e inconcebible entre el hombre de la calle y el hombre de la vitrina, y porque en esa vitrina tomamos sitio todos los contemporáneos, estaremos representados en ella para los futuros, transeúntes de museo fríos y curiosos!

Ramón Gómez de la Serna

LA BATALLA NAVAL DE SKAGER RAK

No cabe ya duda de que la escuadra inglesa ha sido derrotada por la alemana. La proporción probable de la pérdida de tonelaje es aplastante: 120.000 toneladas los ingleses contra 25.000 los alemanes.

Pero hay otros datos. Resulta ridículo el que se diga que la escuadra alemana fué a buscar a la inglesa, cuando la geografía nos enseña que los barcos británicos se alejaron a 600 millas de sus puertos aproximándose a las costas alemanas. ¿Con qué propósito? Sin duda para sorprender al enemigo y realizar algún rápido bombardeo como aquellos varios que Alemania verificó con tanta fortuna hace poco en las costas de Inglaterra. El enemigo estaba alerta y no permitió que la escuadra inglesa se entretuviese en tirar al blanco sobre las poblaciones alemanas del litoral, aparte de que se encontraban defendidas por un bien sembrado campo de minas, que por lo visto no tienen los ingleses en sus costas.

También es absurdo el suponer que el plan germano fracasó. Si alguien lo tenía eran los ingleses. El plan de los alemanes consistía sencillamente en rechazar la aproximación de la escuadra enemiga y esto lo lograron haciendo que volviese grupos hacia sus puertos después de perder no pocas unidades durante el combate.

La flota inglesa es superior a la alemana en la proporción de una a tres. ¿Por qué no evitaron los ingleses que los barcos alemanes fuesen más numerosos que los suyos? Dice un periódico inglés que «Inglaterra no ha tenido ocasión de realizar su plan». Pues ¿para qué ocasión guarda su enorme escuadra? Un error de táctica basta para originar una derrota.

El primer movimiento de la opinión inglesa calificó de derrota la batalla. El mismo Almirantazgo la anunció como un desastre para sus naves. Después se ha rectificado presentándolo como una victoria y suponiendo que la escuadra alemana se retiró vencida a sus puertos.

No hay nada de eso. Mientras la escuadra alemana superó o igualó a la del enemigo, sostuvo bravamente el fuego; al ver llegar los refuerzos ingleses de grandes acorazados sin dejar de combatir, volvió a su base de operaciones, adonde no fué perseguida por los ingleses, que ya contaban con evidente superioridad de fuerzas, que hubieran podido avanzar de no haber determinado la retirada.

No se ha vuelto a saber nada de esa escuadra hasta que un torpedo alemán sepultó en el mar al acorazado *Hampshire*, que llevaba a bordo al generalísimo Lord Kitchener y a su Estado Mayor, nuevo y grave contratiempo para las armas británicas, que es muy de lamentar.

Celebraré equivocarme en honor de la humanidad; pero me parece haber oído como un suspiro universal de satisfacción al conocerse la noticia de esas catástrofes inglesas. A todo el mundo le pesaba ya lo del matonismo naval de la Gran Bretaña.

Y llegó eso al extremo de que, Gustavo Hervé, un francés y en Francia, en su periódico *La Victoire*, lanza su grito de júbilo ante la derrota inglesa, lo que induce a creer que en el fondo del alma francesa persiste el antiguo odio al inglés, hoy su dulce aliado.

El corazón humano es muy singular. Hombre hay que se entristece con la muerte de un mosquito y que en tiempo de guerra ve impasible el exterminio de un millón de hombres. Y cuando se trata de compatriotas, se consuela pronto pensando que han muerto por el honor y la gloria de la patria. No son dignos de aplauso esos sentimientos poco humanitarios, pero el hombre sigue siendo el lobo del hombre.

Hispanus

LA BARRETINA

Creemos hoy de una gran utilidad dar en este trabajo un resumen de los estudios que tenemos hechos sobre el gorro, típico que se cree de origen catalán, los cuales formarán parte del libro que estamos escribiendo sobre la indumentaria del antiguo Reyno de Aragón el cual predominó en todo el Mediterráneo durante la Edad Media.

Si yo fuera un escritor de la España sub-ibérica y este gorro fuera el tradicionalmente usado en aquellos países, escribiría este artículo empezando con lo de «Símbolo sacrosanto de la patria, augusto gorro; tú, que has conducido los más valientes entre los valientes a ensanchar nuestro bendecido imperio y a implantar nuestras inmortales instituciones por esos mares mediterráneos; tú, que has hecho temblar a las huestes musulmanas, a las de los reyes Francos y a las de un Emperador universal, cuando ya había extendido sus dominios sobre toda Europa; tú, que en Atenas y en Bizancio detuviste la caída de uno de los últimos restos de la antigüedad que iban a desaparecer ante las huestes de Atila y las de los turcos; tú, que en Lepanto, etcétera, etcétera...»

Pero como yo soy catalán de raza, cruzado de aragonés y de espíritu universalista, al escribir sobre la *barretina*, voy a ocuparme sencillamente de su origen y de una de sus falsificaciones o desviaciones forzadas, que muchos toman como una de sus modalidades esenciales históricas, siendo tan sólo de origen reciente y represivo o *antibarretinesco*, y permitasenos lo extravagante del vocablo.

La *barretina* tiene el mismo origen que el *barretto rosso* de los pueblos de la costa de Nápoles y de Sicilia, que el *gorro frigio* de los antiguos griegos y que el *casquete turco*; y este origen se emonta a la más alta antigüedad histórica, a muchos siglos antes de Jesucristo.

En los tiempos de Troya ya lo usaban la gente de mar. En tiempo de Solón, y luego en el de Pericles, lucíanla los marineros del Pireo. Y los sirios y los caldeos la mitra que usaban, roja, blanca o azul celeste, era sólo una *barretina* de un grueso tejido de lana muy batanado, como un fieltro, que la llevaban derecha, con la parte superior hundida, formando toda ella un alto cono truncado, con un reborde en la parte superior. La parte baja estaba vuelta y era de otro color y aun bordada, y se le añadían atributos simbólicos como alas, varias series de cuernos formando una diadema de metal dorado, etc. El cono a veces estaba sembrado de estrellas. La tiara persa no reconoce otro origen, sólo que era recubierta de planchas de oro o plata y a veces rellena, en parte, de estopa, sin hundirle la parte hemisférica superior, lo cual le daba la forma bombacha de tiara.

Los frigios y luego los griegos, inclinaron la parte superior sobre la frente, tal como nuestros ampurdaneses, bajando la parte posterior como una cogotera y cortando los costados en forma de carrilleras, que los días de viento venían a atarse debajo de la barba para sujetarla mejor.

En la época griega-alejandrina extendióse a todos los pueblos de las costas mediterráneas y su color fué ya el de grana o encarnado purpúreo.

Esa gorra, en forma de manga cerrada por un extremo, vino a doblarse de otro, igual de forma y de tejido, pero de otro color que le sirvió de forro de abrigo, y así continuó durante toda la Edad Media y el Renacimiento, llegando hasta nuestros días.

Durante la Edad Media se extendió al resto de Europa, y más corto o más largo, más redondo o más puntiagudo, puesto derecho o doblado, afectando varias formas, algunas muy originales, fué el cubre-cabezas de todos los menestrales y hasta de los caballeros. Terminando en punta la parte superior y ensanchada la parte

baja en forma de gran campana, se le practicaba a la altura de un palmo y medio un corte vertical, y sacando por allí la cara, caía a las espaldas en forma de capuchón, cuya falda cubría los hombros. La parte baja se la festoneaba, recortaba o bordaba. A veces se la dejaba caer completamente a la espalda en forma de larga capucha. Tales eran las formas que se usaban en Florencia y en Venecia. Otras veces se metía la cabeza por el corte longitudinal, se levantaba en alto la parte baja festoneada a pliegues, y la manga se envolvía a su alrededor como un turbante. Esta forma se halla reproducida en varios retablos y nadie diría que es una de las formas de la *barretina*. En Provenza y en Cataluña y aun en Francia y en Flandes, se llevaba, como

LA VUELTA DEL SOLDADO



La señora, que acaba de alumbrar dos negritos: — ¡Infame, mal marido! Ahí tienes la prueba de tu falta. ¡Me habías engañado con una negra!... (De Le Riva.)

en la actualidad, la *barretina* de *trabuco* que se usa en el Ampurdán. La vuelta se adornaba con bordados y aun preseas de valor. Y en caso de guerra, sobre todo en las repúblicas italianas, se llevaba corta y derecha como un alto casquete turco actual, rellenándose de estopa dentro para que hiciera más llevadero el casco y amortiguara los golpes recibidos durante la pelea.

Los turcos, al apoderarse de Bizancio, se ampararon también de tal gorro, y lo usaron extremadamente largo y echado hacia atrás, llegando hasta cubrir los riñones. Delante, en la parte de la vuelta que la llevaban muy estrecha, fijaban los jefes una presea con pedrería o con gruesas perlas, de la que se levantaba por encima de una media luna de oro con las puntas hacia arriba, una gran pluma, y aun un plumero con *aigrettes*.

Sólo después de mucho tiempo la recortaron terminándola con una borla y dejándola reducida a la categoría de casquete, suprimiéndole plumas y joyas, forma que hoy ha sido modificada, elevándose y tendiendo a la antigua mitra, oscureciéndose su color grana hasta llegar a ser carmín y suprimiéndosele la borla.

Al alargarse la *barretina* en la cabeza de los turcos, la marinería italiana, sobre todo la napolitana y la siciliana, alargóla también, pero no tanto. Usóse entonces con una vuelta de dos dedos de ancho, dejada caer a un lado hasta tocar el hombro. Los catalanes siguieron la misma moda a mediados del siglo XVII, más bien los campesinos que la gente del mar, la cual continuó usándola a lo frigio, o de forma de *trabuco* con vuelta ancha, casi siempre negra. No obstante, al extenderse a Valencia la vuelta y por ende el forro interior volvióse blanco, al igual que la faja que se usaba en aquellas playas. Y en ciertos puntos verde, de un verde claro de hierba.

No hay más que leer a Melo en la descripción que hace de los catalanes cuando la guerra del

1640. En Cataluña los marinos en señal de luto la volvían toda del revés, y así les resultaba un gorro negro. Los más jóvenes cuando iban a casarse, poníanse uno que fuera doblado de blanco y volviendo lo de dentro a fuera les resultaba una *barretina* blanca con vuelta encarnada que decoraban del lado izquierdo con un pomo de matizados claveles que salían de la vuelta a guisa de plumero.

Tanta boga alcanzó este tocado de la cabeza, que en Cataluña lo adoptaron los marinos portugueses al declararse independiente Portugal de España, a mediados del siglo XVII.

La *granadera* y el *Kaulbak* en Austria y en Rusia, no son más que otras dos formas de *barretinas*. La primera es una *barretina* roja como la nuestra, que se la ha circuido de una alta diadema de latón dorado con las insignias de la nación o del cuerpo repujadas.

El *Kaulbak* es una *barretina* cuya parte interior está forrada de astracán, haciéndole una alta vuelta al estilo de la mitra asiria, quedando la parte del gorro rojo dentro o cayendo a un lado. La *cuartelera* primitiva fué lo mismo, sólo que el gorro terminaba en punta que se escondía dentro de la vuelta, estando por dentro forrada de paño de distinto color. La vuelta tenía un corte delante y por este corte salía la borla.

En la época de la guerra de la Independencia contra los ejércitos de Napoleón I, los guerrilleros catalanes en general usaban la *barretina* larga y echada hacia atrás. Los marinos y los de las costas continuaban con su forma de frigio o de *trabuco*, con ancha vuelta negra, pero en todo caso el gorro continuaba siempre siendo de un hermoso color de escarlata, tinte que sólo en Olot sabían darle.

Pero hete aquí que en la primera mitad del siglo pasado entraron en Cataluña las ideas democráticas de Francia, acentuándose a partir del final de la primera guerra carlista. En 1810 en Cataluña, había ya tendencias francamente republicanas.

Abdón Terrades Coello, y después Clavé, formaron Asociaciones democráticas, tendiendo más o menos manifestamente a la República.

En el Ampurdán la idea se extendió rápidamente. En Barcelona el movimiento llamado la *Jamancia* con la proclamación de la *Junta Central*, no obedeció a otra tendencia. Así cedió el Gobierno del general Espartaco, sucediéndole el conservador del general Narváez, para dominar la situación. Y éste mandó a Cataluña de capitán general al barón de Mer, un militar hijo de un antiguo legitimista francés emigrado y refugiado en España en la época de la primera República francesa. Y éste, que tenía un odio feroz a todo lo que a República y democracia tendiera, empezó la represión por varios medios.

Por el relato fidedigno de mi padre, entonces joven, y de mi abuelo, viejo marino que vivía en una de las poblaciones marítimas de la provincia de Tarragona, sé lo que voy a contar, que es el verdadero y genuino origen de la «*Barretina morada*» o *musca*, como después se la llamó, que aún sigue usándose en las provincias de Tarragona y de Lérida, y que ahora muchos catalanistas equivocadamente creen de la más alta antigüedad en Cataluña.

Pues bien; al proclamarse la segunda república en Francia, hubo aquí conatos de imitar movimiento, y se levantaron algunas partidas republicanas en la Costa y en el Ampurdán. Era entonces que empezó a cantarse aquello de

«Ja la campana sona»,
«Ja lo canó retrona»,
«Aném, aném»,
«república voldríam»,
«aném, aném»,
«república tindrem... etc., etc.»

(Canto debido al célebre poeta y músico Abdón Terrades.)

Como era natural, estando estas pequeñas partidas de exaltados formadas por jóvenes del Ampurdán o de la Costa, llevaban todos ellos el usual gorro rojo catalán al estilo frigio.

Entonces fué cuando el barón de Mer, dió un bando castigando con pena de muerte a todo

aquel que las columnas volantes que se organizaron en persecución de los sublevados, le hallaron, pasado el término de tres días a partir de la fijación del bando, usando «la roja barretina» (*cebanet des brigands*, como él lo llamaba).

Los marineros inmediatamente volvieron sus gorros del revés, luciendo el forro negro, blanco o verde, y sin vuelta, para que ni siquiera asomara el rojo. Los del campo y los de la montaña apelaron al primer medio que tuvieron a mano para teñirla. Echaron sus barretinas rojas en cubos de vino negro, y una vez escurridas y secas, las plancharon, resultándoles de un morado obscuro. Y para que en nada se parecieran al gorro republicano ni por asomo, la mayor parte les plegaron la parte superior en forma de ladrillo o de medio ladrillo triangular, que les diera sombra a la cara. Así les resultó una barretina completamente diferente de la antigua, que llamaron *morada o musca*.

Luego los fabricantes de barretinas ya las tiñeron de ese color violáceo obscuro y las vendieron así.

Pero el 54 volvió a proclamarse la libertad, subiendo Espartero con O'Donnell al poder, y hete aquí que toda la provincia de Gerona, parte de la de Barcelona y toda la costa catalana volvió a lucir la clásica barretina roja. Y desde entonces la ha continuado usando.

El mismo Gobierno del general O'Donnell, en 1860, a petición del general Prim, ordenó que la usaran los batallones de voluntarios catalanes que fueron a África, llevándola roja con vuelta negra, la tropa; con vuelta azul, los jefes, y con vuelta blanca, los ayudantes y cornetas.

Y después de la Revolución de septiembre aún se extendió más por el campo y por la costa, usándola casi todos los cuerpos francos y milicias voluntarias.

Esta es la historia abreviada de la barretina y sus variantes, y el origen de la *morada*, que muchos creen antiquísima (haciéndola figurar hasta en el teatro en representaciones de dramas que pasan en la Edad Media), como signo de catalanismo, siendo sólo un resultado de la represión de ciertas ideas avanzadas, que se creyó equivocadamente que estaban simbolizadas en la *barretina vermella*.

En resumen, diremos que la barretina catalana no es una gorra inventada en Cataluña ni originaria de nuestro país. Data de la más alta antigüedad en el Mediterráneo y se extiende a todas sus orillas; entra en Oriente, y allí adopta formas distintas. En la Edad Media invade toda Europa.

Sus formas, diferenciándose cada día más en los pueblos no latinos, pasan a constituir gorros distintos, como el «casquete», turco, árabe, egipcio, el «kaulbak» ruso, la «granadera» austriaca, la «cuartelera», etc., etc. En general, es siempre un gorro rojo.

Pero en 1848, confundido con el «gorro frío», símbolo de la República, motiva su prohibición, y aparece la *barretina musca o morada*, que queda como una de sus últimas formas.

Pompeyo Gener

Barcelona, 4 junio 1916.

SASTRERIA DE ANGEL MARTINEZ

LA MODA

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA Y SPORT
Príncipe, 18, entresuelo

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRIA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados de alta fantasía y toda clase de trabajos gráficos artísticos, así en la imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos nos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRIA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2

Teléfono 3.612

Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional

Para inaugurar la serie de Concursos y Consultas que LA SEMANA tiene en proyecto, hemos creído que excitará la curiosidad del público—y aún realizará una elevada misión patriótica, en estos momentos en que como consecuencia de la grave cuestión internacional, más difícil para España cada día, bien pudiera ser sustituido muy en breve el actual Gobierno liberal por otro integrado por las más prestigiosas personalidades del país—el convocar a un plebiscito para la formación de un Gabinete Nacional.

A tal fin, proponemos a cada uno de nuestros lectores que nos diga con toda sinceridad qué personalidades elegiría si estuviera en su mano la designación de un Gobierno.

Aleccionados por el ejemplo y la experiencia de concursos muy semejantes convocados por A B C en otro tiempo, esperamos que el público responderá a nuestro llamamiento, y creemos que el resultado del plebiscito no podrá menos de ser significativo e interesante.

BASES PARA EL PLEBISCITO

1.ª LA SEMANA ruega a sus lectores que emitan su voto para la formación de un Ministerio Nacional escribiendo en el talón que va al final los nombres de aquellas personalidades que, a juicio de cada votante, podrían, con mayor provecho para España, encargarse de la gobernación del reino.

2.ª Los talones deberán llevar al pie la firma del lector que se presente al concurso y las señas de su residencia y domicilio. Sin este requisito serán inutilizados.

3.ª Estos talones acompañarán a varios números de LA SEMANA y serán nulos todos los sufragios que no vengan extendidos en estos talones, para lo cual deberá el votante cortar el talón, llevarle con los nombres de sus candidatos, firmarle y remitirle *sobre abierto como impreso*, franqueándole con un cuarto de céntimo, al señor Director de LA SEMANA, Carrera de San Jerónimo, número 10, Madrid. Los lectores de Madrid podrán también depositar su respuesta, depositada en sobre cerrado, en la portería de nuestras oficinas.

4.ª Las personas cuyos nombres figuren en la candidatura deberán ser españoles y vivir en la actualidad. Serán inutilizados los talones en que figuren nombres de personas en cuya designación haya manifestado propósito de broma o mortificación.

5.ª El plazo para admitir talones a la votación se cerrará el día 20 de Junio del corriente año, a las doce de la noche.

6.ª En el caso de que antes de esta fecha las complicaciones internacionales exigiesen la formación de un Gobierno con el carácter de Nacional, en el acto de su constitución se considerará cerrado el plebiscito, se examinarán las respuestas recibidas ante notario y se adjudicará el premio ofrecido al votante o votantes que coincidan con la designación de personas que se haya hecho, o al que más se aproxime a ella si ninguno acertase totalmente.

7.ª LA SEMANA otorga un premio consistente en **una elegante cartera de piel de Rusia con 250 pesetas en billetes del Banco de España** al votante que haya firmado una candidatura cuyos nombres coincidan con los que resulten del escrutinio y formen la candidatura triunfante.

El recuento de votos y el escrutinio se verificarán en las Oficinas de LA SEMANA ante un notario del Colegio de Madrid y testigos competentes para ello, y una vez proclamada y publicada la candidatura triunfante se procederá a buscar la que haya o las que hayan coincidido con ella. Si son varias, el premio se sorteará entre ellas inmediatamente; y si no hay ninguna que coincida, se otorgará la *cartera con doscientas cincuenta pesetas* al firmante de la candidatura que más se aproxime a la triunfante.

Inútil es decir a nuestros lectores que para nada han de tener en cuenta la significación política de los personajes a quienes designen, puesto que se trata de elegir, no un Gabinete político, sino propiamente un Gobierno Nacional.

Córtese el talón por esta línea de puntos. Se recomienda la claridad en la letra.

PLEBISCITO DE LA SEMANA CANDIDATURA PARA UN MINISTERIO NACIONAL

Presidente del Consejo de Ministros

Ministro de Estado

Ministro de Gracia y Justicia

Ministro de Hacienda

Ministro de la Gobernación

Ministro de la Guerra

Ministro de Marina

Ministro de Instrucción Pública

Ministro de Fomento

FIRMA DEL LECTOR,

que vive en

provincia de

calle

núm. cuarto

En el próximo número publicaremos originales de

RODRIGO SORIANO
TOMÁS BRETÓN
MARCELINO DOMINGO
CARMEN DE BURGOS
ROBERTO CASTROVIDO
"EL CABALLERO AUDAZ"
"DON PÍO"
y otros

LA SEMANA

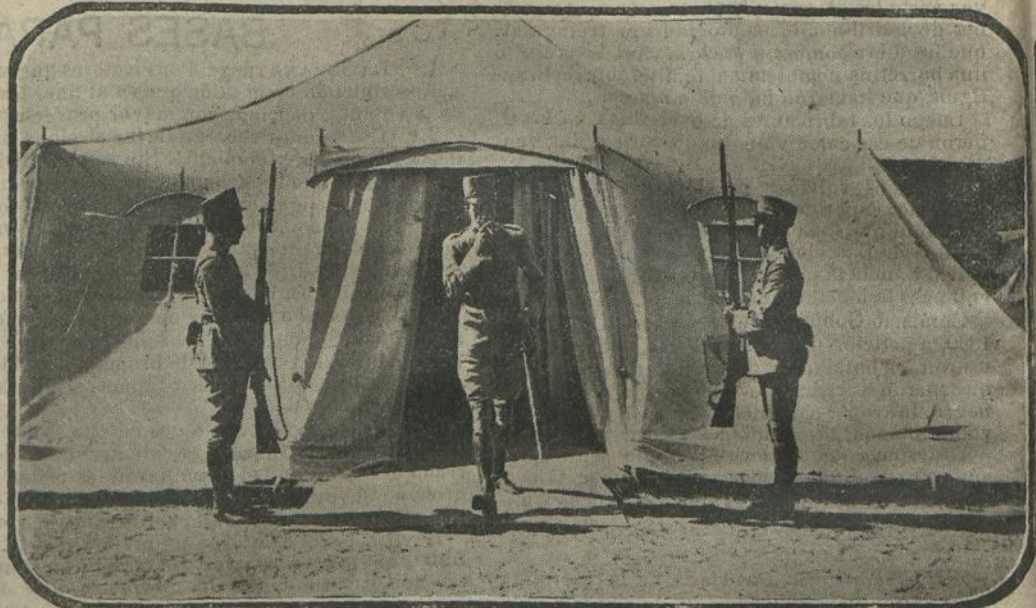
REVISTA POPULAR 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

UN MAUSOLEO



Mausoleo del doctor Laguarda, instalado en la iglesia del Carmen, de Barcelona, e inaugurado el pasado domingo con asistencia del obispo y de las autoridades civiles. (Foto Pérez Rozas.)

EL REY Y LOS ALUMNOS DE INFANTERÍA



S. M. el Rey, saliendo anteayer mañana de la tienda de campaña en la que pernoctó en el campamento de Ballesteros, donde están en prácticas los alumnos de Infantería.



El Rey, con su guardia de honor.

CONCURSO DE GANADO



Caballo de la ganadería del ex diputado D. Alfonso Higuero, que en el Concurso celebrado recientemente en Cáceres, ha obtenido el primer premio. (Foto Prado.)



D. Alfonso "pasando revista" a los alumnos, acompañado del director de la Academia, señor Marzo. (Fotografías obtenidas por nuestro redactor D. Luis R. Barón.)